ENRIQUE SEMO Y LA ESTIRPE DE LOS VIEJOS BOLCHEVIQUES

Luis Hernández Navarro

Aunque nació 13 años después del triunfo de la Revolución rusa, Enrique Semo Calev pertenece a la estirpe de los viejos bolcheviques. Por sus venas corre la misma sangre de los centenarios revolucionarios que pusieron en el centro de su vida el combate por el socialismo. Al igual que ellos, es múltiples cosas al mismo tiempo: intelectual público, maestro de muchas generaciones y cuantiosos discípulos, periodista, editor, referencia ética, historiador, economista, formador de instituciones universitarias.

Discreto, brillante, culto, gran polemista, cuidadoso de los detalles, hace años fue dirigente partidario del más alto nivel, viajero y estudiante en la antigua Europa del Este, delegado en cónclaves internacionales del movimiento comunista internacional, estratega político, figura clave en la legalización del Partido Comunista Mexicano (PCM), reclutador de militantes, formador de cuadros y estudiantes universitarios, y funcionario de un gobierno progresista.

Serio, creador de una obra sin fecha de caducidad, ingresó al PCM en 1961, cuando la organización tenía apenas unos 3 mil afiliados. Era ya un hombre maduro de 31 años de edad, lo que, conforme a la tradición de aquellos tiempos, no le impidió desempeñar tareas fundamentales entre los jóvenes comunistas. Cosmopolita en un movimiento de alcance y misión internacional, hablaba entonces cinco idiomas: búlgaro, francés, español, inglés y yidis. Tiempo después aprendió alemán. Esa capacidad para dominar varias lenguas le permitió entablar una diversidad de relaciones políticas y académicas a las que otros dirigentes, menos letrados, no tuvieron acceso.

Naturalizado mexicano en 1960, vio las primeras luces en Bulgaria, en el seno de una familia judío-sefardita. El ascenso del nazismo los obligó a salir de su país natal, y refugiarse

en Francia, primero en París y luego, durante dos años, en Marsella, hasta que fue imposible permanecer allí. Su padre logró conseguir una visa mexicana pero tuvo que buscar en el mapa dónde quedaba ese país.

Llegó a México a los 11 años, después de cruzar en tren España y Portugal, atravesar el Océano Atlántico en el barco San Tomé, un carguero que transportaba pasajeros colocando literas de 2 pisos en sus bodegas, y hacer escala en Cuba. Pisó tierra firme en Veracruz. A pesar de sus raíces religiosas y culturales, en el Distrito Federal asistió a una colegio de padres salecianos en el que se hablaba francés.

El periplo no se detuvo allí. Se trasladó a Estados Unidos e Israel, de donde regresó en 1957, para establecerse en Ciudad de México. Desde entonces, se ha movido de un lugar a otro, impartiendo conferencias, desempeñando tareas partidarias, estudiando o dando clases. Esa experiencia de ver el mundo desde distintas fronteras y culturas contrastaba con el aldeanismo y las limitaciones de otros dirigentes partidarios encerrados tras la cortina de nopal.

Ingresó a las filas partidarias ya formado políticamente y empapado en la teoría marxista. En aquel entonces, aunque el partido comenzaba ya a prepararlos y había algunas excepciones, la organización no se distinguía por contar con cuadros de alto nivel teórico. Según Gerardo Unuzueta, cuando Dionisio Encina era secretario general (1940-1959), ninguno de los miembros del Comité Central había leído un libro importante de Marx.

La historia venía de muy atrás. La obra del autor de *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte* tardó en ser conocida en el país. Según el investigador Vicente Fuentes Díaz, habló “con varios fundadores del Partido Comunista y nadie ha podido informarme de la existencia de

algún texto marxista en 1919. Jesús Urueta, a su regreso de París en 1907, tradujo el *Manifiesto* pero solo un reducido grupo de intelectuales pudo leerlo".

En su autobiografía, Bertram Wolf, revolucionario estadunidense (luego renegado) amigo y biógrafo de Diego Rivera, que jugó un papel fundamental en la formación del PCM, y que en 1924 fue como su delegado al V Congreso de la Internacional Comunista en Moscú, escribe una anécdota que ilumina lo poco conocido que era el filósofo alemán en el México posrevolucionario, y que a su vez le fue contada por Robert Haberman, otro estadunidense, asesor de Felipe Carrillo Puerto, líder del Partido Socialista del Sureste. Según Haberman, él le hablaba tanto y con tanta frecuencia al gobernador yucateco sobre Carlos Marx y Federico Engels, que un día el mandatario le dijo: "¿Y dónde están esos jóvenes? Dígales que se vengan para acá y les daré un puesto como asesores..."

Años después, José Revueltas recordaba: "había muy pocas publicaciones, teníamos que leer los materiales escritos a máquina. Yo leí *El materialismo histórico* de Bujarín en una copia mecanografiada: nos la pasábamos de mano en mano y además sin seguridad de que fuera una buena traducción. Las publicaciones vinieron mucho después, digo ya en la época cardenista".

Así que la entrada de alguien con la formación de Semo al partido, fue como sacarse la lotería. Ávido lector de literatura mexicana en su juventud, devoró más tarde libros de autores como Luis Chávez Orozco, José Mancisidor y Martín Luis Guzmán. Luego se aficionó a Romaín Rolland, Stephan Zweig y Maximo Gorki. Su gran amigo Friederich Katz, lo acercó a George Politzer, Erich Fromm y Henry Lefevre. Con el también exiliado húngaro-alemán Lazlo Radvanyi, esposo de la escritora Anna Siegers, tomó clases de *El Capital* en la Universidad Obrera.

A los 15 años de edad, comenzó a participar en la organización *Hashomer Hatz* (La Joven Guardia), en donde asistió a conferencias sobre política internacional y cuestiones éticas. Desde entonces, simpatizaba ya con el socialismo. Nisim Cohen, un instructor judío búlgaro llegado de Israel, lo introdujo en el marxismo. Entre otros textos, estudió *El Manifiesto Comunista* y *Trabajo asalariado y capital*.

Para quitarle las veleidades rebeldes, su padre lo envió (en 1947 o 1948) a una academia semi-militarizada en Los Angeles, Estados Unidos, en donde perfeccionó el inglés y leyó la *Historia de la Revolución rusa* de Trotsky. Allí se adiestró en el difícil arte de polemizar sin que los ánimos se exacerbaran.

En 1953, viajó a Israel para vivir y trabajar en un Kibutz, donde hizo del socialismo utópico su pan de cada día y comprendió que su construcción no era sólo un ideal sino una práctica. Alimentó y ordeñó vacas, al tiempo que aseaba los establos. Dos años después, mientras estudiaba Economía en la Escuela Superior de Derecho y Economía en Haifa, se afilió al binacional Partido Comunista Israelí y escribió en el periódico *Kol HaAm*.

Al regresar a México en 1957, entró a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM a cursar Historia. Se encontró con una intensa lucha interna dentro del PCM, y con la insurgencia obrera de ferrocarrileros, maestros, petroleros y telefonistas, luchas estudiantiles contra el alza de pasajes y tomas de tierra en Sonora.

Fundó, junto a Enrique González Rojo, José Revueltas, Eli de Gortari, Lina Razo y maestros del Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), dirigido por Othón Salazar, el círculo de estudios “Ricardo Flores Magón”. El grupo era una asociación amplia, abierta a todo marxista honesto que deseara mejorar sus conocimientos y contribuir al estudio de la realidad de México a la luz del socialismo científico. Polvos de aquellos lodos, en 1960, el

círculo fue acusado de ser antipartido y expulsado del local que compartía con el Frente de Artes Plásticas.

Cuando Semo decidió participar de tiempo completo en un proyecto revolucionario de corte socialista se encontró con la posibilidad de escoger entre tres opciones diferentes: el PCM, lo que después será el espartaquismo y el Frente Obrero. No era una decisión fácil de tomar. Los comunistas estaban envueltos en una desgastante lucha fraticida y desgarradora, y, con los cuadros de los que disponían, resultaba evidente que iba a ser muy complicado organizar un partido revolucionario. A pesar de la amistad y admiración que tenía hacia el autor del *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza,* y de reconocer su importancia en el combate al estalinismo, no se identificó nunca con sus tesis políticas y concluyó que no servían para una práctica eficaz y coherente. Así que, por un tiempo, militó en las filas del Frente Obrero (después Comunista Mexicano), dirigido por el abogado laboral Juan Ortega Arenas, integrado por unos 70 trabajadores y con presencia en varios sindicatos.

No duró mucho tiempo allí. En 1962, Enrique se deslindó de Ortega Arenas, en un folleto publicado por el partido, que lleva la firma de Ricardo Flores, titulado *Qué es y hacia dónde marcha el Frente Obrero*. Con rigor, minuciosidad y mucha documentación criticó las tesis centrales de esta organización y su líder: negarse a reconocer la existencia de la revolución democrático-burguesa de 1910-17; oportunismo de izquierda alimentado por la suposición de las “condiciones revolucionarias existentes”; caracterización de los dirigentes obreros sobornados por la burguesía como “espías criminales”; el caudillismo y verticalismo de su dirigente, acompañado de la falta de principios leninistas en la vida interna de la organización. Concluye el texto diciendo: “el lugar de nosotros está en el Partido Comunista Mexicano”.

Rojos

Fundado en 1919, el PCM al que el economista se unió era el partido con más años de vida de todo el espectro político nacional. Más allá de las intensas tormentas que vivió a su interior desde sus primeros pasos hasta su disolución en 1981, fue actor destacado en jornadas de lucha clave en el México veintesco. Sus intervenciones fueron claves en el despliegue del agrarismo radical y el desmantelamiento de los latifundios; la organización y luchas del normalismo rural y los trabajadores de la educación; el nacimiento de grandes sindicatos de industria y la promoción del sindicalismo independiente y democrático; la denuncia del fascismo; la causa de las mujeres; el impulso a un arte comprometido con las causas populares la defensa de la soberanía nacional; la solidaridad con la Revolución cubana y la resistencia vietnamita, y el movimiento por una educación crítica, científica y popular.

Aunque su historia está llena expulsiones y rupturas, de claudicaciones e intolerancia, en sus filas participaron en distintos momentos intelectuales, sindicalistas, líderes campesinos, artistas plásticos, periodistas, literatos, mujeres sufragistas y científicos de enorme relevancia. Entre todos ellos, Enrique Semo ocupa un lugar nodal, como uno de los más importantes revolucionarios y teóricos comunistas de la segunda mitad del siglo XX y las primeras dos décadas y media del XXI.

La participación en el partido de un exiliado nacido en Bulgaria como Semo, no era un hecho inusual en una agrupación proletaria. En su formación y/o en la difusión del marxismo, fueron fundamentales los *slackers* (gandules en inglés) estadunideneses, que llegaron al país huyendo de la Primera Guerra Mundial y un indio: Manabendra Nath Roy. Comunistas

alemanes como el pedagogo consejista Otto Rhüle o la escritora Anne Siegers dejaron su huella en país. El argentino Anibal Ponce, la italiana Tina Modotti, y los españoles Wenceslao Roces, Ramón Ramírez y Adolfo Sánchez Vázquez. Todos ellos dejaron huella en la difusión del socialismo científico.

En los equipos dirigentes del comunismo mexicano abundaron los cuadros extranjeros. A finales de la década de los 20 del siglo pasado, se integraron a su construcción el ucraniano Iulii Rosovsky, como secretario de organización; el venezolano Salvador de la Plaza, secretario de finanzas; Julio Antonio Mella, secretario de prensa y propaganda; el canario Rosendo Gómez Lorenzo, editor de *El Machete*; el italiano Vittorio Vidali encabezaba el Socorro Rojo, y el estadunidense Russell Blackwell la Juventud Comunista.

La difusión e implantación del materialismo histórico en México caminó, sobre todo en sus primeros años, de la mano de la labor de la III Internacional. Los primeros pasos del socialismo científico en el país son impensables sin la labor de los enviados del partido de la revolución mundial, Mijaíl Borodin, Sen Katayama, Louis Fraina o Charles Phillps. De manera que la rápida inclusión de Enrique a instancias directivas de la organización no era un hecho inusual.

Sin embargo, a pesar de esa tradición, como ya lo habían vivido algunos exiliados comunistas españoles que llegaron al país al terminar la Guerra civil, no a todos les cayó en gracia que el nuevo militante asumiera tan rápidamente responsabilidades sustantivas en la agrupación. Después de todo, no obstante su renovación interna, el partido al que Semo se unió, más allá de la empatía de Arnoldo Martínez Verdugo y otros funcionarios, era, en aquellos años, una fuerza con un equipo de dirección poco refinado intelectual y políticamente, aunque hábil para manejarse en la semiclandestinidad, sortear la represión gubernamental y mantener el control político interno.

Así que, no obstante algunas objeciones, se hizo cargo de la comisión educativa del partido, incluida la escuela de cuadros; fue responsable de la comisión editorial; estuvo al frente del siempre problemático e inquieto comité del Distrito Federal; formó parte del comité central; Arnoldo Martínez Verdugo lo incorporó a la publicación de *Nueva Época*, cuya manufactura era notablemente superior a las revistas que le antecedieron, en el periodo de Dionisio Encina y, en 1965, junto a Hugo Ponce de León y Gerardo Unzeta, coordinó un grupo encargado de realizar trabajos especiales, alejado de las tareas diarias y conocidas de la agrupación.

En plena guerra fría y en un mundo dividido en dos bloques, Semo se sumó a las filas de un partido formado en torno a la idea de que la Unión Soviética era la “patria del proletariado” y el marxismo-lenismo la única herramienta teórica válida para analizar la realidad y conducir la lucha por la liberación de los pueblos. En la antigua URSS, se materializaban los intereses de los obreros de todo el planeta. Bajo el principio del internacionalismo proletario, todo comunista estaba obligado a defender incondicionalmente a la tierra de Lenin, siempre acosada por sus enemigos. Cualquier crítica a este país, proveniente de la derecha o la izquierda, era inadmisible y vista como una acción que tenía como único objetivo atacar la revolución. La disyuntiva era clara: o se estaba a favor o se estaba en contra. No había lugar por posiciones intermedias. Durante muchos años, la principal lectura de los cuadros fue la *Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS*.

Teórico excepcional, gran polemista, según un reporte policiaco, en la sesión inaugural del XIII congreso de la agrupación en 1963, el autor de *Las revoluciones en la historia de México*, llamó a mexicanizar el marxismo, o, en otras palabras, fomentar una congruencia creativa entre el pensamiento crítico y la realidad nacional. Así que se echó sobre los hombros la tarea de elevar el nivel de formación política de los militantes y estudiar a

profundidad la realidad nacional, al tiempo que, de manera paulatina, buscaba cambiar el dogmatismo de los viejos manuales de marxismo soviético por la riqueza del pensamiento creativo que comenzaba a florecer nuevamente por todas partes. Incapaz de plantearse las nuevas preguntas de un mundo distinto, el adocenado marxismo-leninismo nacido de de las luchas antifascistas y las democracia populares, se había marchitado.

Enrique se dedicó a ponerlo al día y a renovarlo, lo mismo a través de la revista *Historia y sociedad*, nacida en 1964, que de su propia producción teórica. Como señala Jaime Ortega, *Historia y Sociedad* es, prácticamente, la primera revista marxista en México. Es, también, una publicación que permite difundir entre el público de habla hispana, estudios sobre América Latina elaborados por autores soviéticos.

La década que va de 1949 a 1959 trajo grandes transformaciones en las luchas revolucionarias, de las que el Partido Comunista era parte. En América Latina se sucedieron unos tras otros, vastos movimientos revolucionarios y luchas populares en Guatemala, Bolivia, Perú, Colombia, Argentina, Brasil, Ecuador, por supuesto Cuba, y el mismo México. En lo general, las claves de esas experiencias fueron de difícil comprensión para quienes guiaban su acción a partir del marxismo ortodoxo, convertido en credo.

La victoria en octubre de 1949 de la revolución china cerró una etapa caracterizada por el predominio de los movimientos y partidos comunistas de Europa, y puso a Oriente como un actor fundamental de la nueva geografía libertaria. Adicionalmente, las conclusiones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en 1956, introdujeron elementos que provocaron un verdadero sismo en el mapa. Entre otros, destacan tres: la denuncia del estalinismo realizada por Kruschev en una reunión restringida del comité central del PCUS; la propuesta de coexistencia pacífica entre el mundo capitalista y los países socialistas y, las vías autónomas hacia el socialismo.

La desaparición de la Komiform en 1956 no implicó que los soviéticos dejaran de tener influencia en el resto de los partidos comunistas en el mundo. Solo que ésta se hizo un poco más sutil, a través de conferencias internacionales, precedidas y acompañadas de reuniones previas, elaboración de documentos e intercambios bilaterales. Las primeras se efectuaron en 1957 y 1959, y mostraron la emergencia en Occidente, de dos vías de acción: la italiana y la francesa.

La influencia italiana se haría sentir en México, a través de distintas rutas. Una pequeña muestra de ello fue que, en los muros en del despacho de Carlos Payán, director de *La Jornada* y viejo militante comunista, pendía una gran foto enmarcada de Enrico Berlinguer. El mismo Semo se encargó de elaborar una lectura de izquierda del eurocomunismo y de hacer un esclarecedor retrato hablado del dirigente sardo a su muerte.

La segunda mitad de la década de los 50 también trajo grandes transformaciones en el movimiento popular mexicano. Las luchas de telegrafistas, ferrocarrileros, maestros, telefonistas, y la reanimación de las protestas e el campo fueron un parteaguas en la lucha de clases en el país, al tiempo que precipitaron un enconado debate en la izquierda mexicana y sus intelectuales, sobre la naturaleza del partido, las características del Estado y la ruta de la transformación social.

Mientras tanto, la hegemonía soviética comenzó a desgastarse. El triunfo de la revolución cubana en 1959 y su teorización, sacudió la identidad y horizonte de los partidos comunistas y abrió una vía de acción política alterna. A ello le siguió, la pugna chino-soviética que dividió el movimiento comunista internacional en 1963.

En la siguiente década, el partido, ya de por sí convulsionado desde la década delos 40s del siglo pasado, se volvió un campo de batalla aún más enconado, entre líneas políticas y

personalidades que las encarnaban. La corriente encabezada por Arnoldo Martínez Verdugo, al que Semo se sumó, derrotó al grupo de Dionisio Encina; expulsó a José Revueltas, Eduardo Lizalde y Enrique González Rojo; echó a Guillermo Rousset, Martín Reyes y Mario Rivera, y ajustó cuentas con la tendencia pro China de Edelmiro Maldonado y Camilo Chávez. Luego prescindió de Manuel Terrazas y Fernando Granados y tuvo fuertes choques con figuras claves de la Juventud Comunista, que terminaron en el alejamiento de la organización de figuras claves en el movimiento universitario y politécino.

Si durante muchos años el trato privilegiado que la Unión Soviética le dio a Vicente Lombardo Toledano se convirtió en un molesto dolor de cabeza para los comunistas mexicanos, el triunfo de los barbudos isleños se volvió, simultáneamente, una bendición y una pesadilla. Una suerte, porque puso en el horizonte la viabilidad de la transformación profunda y propició una oleada de movilizaciones populares.

Un problema, porque al calor de la nueva revolución, en lo que parecía ser una diversificación de sus interlocutores mexicanos, el fantasma del maestro Lombardo reapareció. El espectro, aunque mucho más radical e independiente que viejos integrante de los Siete Sabios, se materializó en la figura del ingeniero Heberto Castillo, quien encabezó la delegación mexicana en la reunión fundacional en La Habana de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), y buscó diferenciarse, casi hasta el final de su vida, del PCM, asumiendo posiciones radicales, antiimperialistas, democráticas y cardenistas.

Los cubanos le hicieron el vacío a las conferencias de partidos comunistas impulsadas por el PCUS, e impulsaron su propio proyecto internacional: la OLAS. Su eje central fue que para superar los problemas económicos y sociales de los pueblos, no había más que una vía: la lucha revolucionaria. El marxismo tropical siguió sus propias andanzas.

Ciertamente, siempre hubo solidaridad del partido mexicano hacia la Isla, pero, su ejemplo e impulso a la lucha armada en el continente, les representó una perturbadora influencia, porque empujó a muchos estudiantes a marchar por una ruta distinta a la que ellos habían trazado. Antes y después del 68, en contra de la voluntad y determinación de la dirección del partido, una parte relevante del movimiento guerrillero en México se gestó entre los mismos jóvenes comunistas. Inspirados en la hazaña del Che y Fidel, hartos de la represión y convencidos de que la rutas propuestas por la agrupación de la hoz y el martillo llevaban al precipicio, militantes de la JCM tomaron la vía de las armas. México no fue un caso único. Sucedió en, prácticamente, toda América Latina.

En medio de todas estas convulsiones, Enrique Semo se colocó por afuera y en contra del estalinismo, del lado de los trabajadores y los campesinos y lejos del nacionalismo revolucionario. Acompañó a los maestros othonistas en sus luchas y se comprometió en su formación política. Dentro del partido se sumó a la corriente renovadora surgida del XX congreso del PCUS, en el que encontró esperanzas para otro socialismo. Desde allí, desempeñó un papel más que relevante en la vertiginosa revuelta estudiantil que en los 60s precedió al movimiento del 68, y ayudó a darle vida y programa a la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED). Un informe de inteligencia señala el 5 de enero de 1967, que el PCM asesora a la CNED a través del economista, y que e su última intervención promovió la redacción de un desplegado sobre los presos políticos.

Conferencista frecuente en sindicatos, facultades universitarias, reuniones magisteriales y juveniles, se metió de lleno en la disputa por la historia y en dotar a las causas de una mayor altura de miras. Años después, simpatizó con la Primavera de Praga y se opuso a la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia. “El ejército soviético mató la posibilidad de un socialismo democrático de cara humana”, escribió.

Sus retratos de Manabendra Nath Roy, Valentín Campa, Arnoldo Martínez Verdugo, José Revueltas, Heberto Castillo, Volodia Teitelboim, Ramón Danzós Palomino, Othón Salazar, Sergio de la Peña, Enrique González Rojo Arthur, Adolfo Sánchez Vázquez, Unmberto Terraccini, Friederich Katz, Bertolt Brecht y Cornelius Castoriadis distan de ser un mero álbum de santos laicos. En los hechos, trazan un formidable mapa que permite comprender los vericuetos y complejidades de un proyecto que se propuso cambiar el mundo y que, a pesar de sucumbir en el intento, se ha reinventado una vez tras otra.

En estas semblanzas, Semo explica la importancia que para él tuvo, convivir con muchos de ellos. “Para mí -dice- fue un honor estar junto a gente así: todas ellas salidas de muy abajo en la sociedad. En ese sentido, Arnoldo Martínez, Valentín Campa, Othón Salazar, todos venían de muy debajo -de las raíces mismas del pueblo mexicano- y eso no se veía en otros partidos. La presencia de dirigentes que salen de muy abajo y dedican su vida a una tarea, es una de las aportaciones del partido comunista a la izquierda mexicana”.

Un matrimonio difícil

En *Socialismo para Siglo XXI*, Enrique Semo advierte: “la Revolución Rusa desencadenó fuerzas gigantescas. En México, conocida a medias, tuvo gran impacto. En esa situación nace o más bien se proyecta una corriente que pretende transformar la Revolución Mexicana en una revolución socialista, el PCM. La idea del comunismo y su ejemplo vivo impactaron al México radical”.

Y añade: “Las ideas del socialismo y el comunismo penetran pródigamente en el México revolucionario radical y obligan a los círculos gobernantes a una demagogia roja. Pero el PCM recién formado, que quiere cambiar la orientación de la revolución y a la vez echar raíces en el pueblo trabajador, se ve obligado a recoger las demandas que se han ido forjando durante la Revolución Mexicana: reforma agraria comunal y satisfacción de las demandas económicas de los obreros y postergar la idea del socialismo”.

Ciertamente, desde los primeros momentos, la relación entre la revolución bolchevique y la mexicana le resultó a los marxistas mexicanos harto complicada. Pasarían muchos años antes de que los instrumentos del materialismo histórico sirvieran para desentrañar la verdadera naturaleza de ese movimiento político y social. El vendaval y la vitalidad del levantamiento armado de 1910-17 dejó, en las primeras tres décadas del siglo XX, un estrecho margen de acción autónoma a los promotores del socialismo científico. Ello, no obstante que Alejandra Kollontái, la embajadora de la Unión Soviética en México, haya dicho después de desembarcar en Veracruz en diciembre de 1926, que “No hay dos países en el mundo de hoy que sean tan parecidos como México y la URSS”.

De manera que, a pesar de expresiones de lucha radical y consecuente y de seguir el guion escrito por la III Internacional, a partir de 1936 y muchos años después, el PCM caracterizó a México como país semifeudal y semicolonial, y desprendió de ello propuestas programáticas que partían de la necesidad de culminar la revolución democrática-burguesa, poniendo por delante de los intereses de clase, los de la nación.

Se trataba de colaborar con la burguesía nacional y el Estado para que no capitulara ante el imperialismo o las fuerzas feudales. Su objetivo era conseguir la independencia nacional para emanciparse del imperialismo. De manera que, el partido apostó por impulsar la Revolución mexicana hasta sus últimas consecuencias, bajo la conducción del gobierno,

aunque de cuando en cuando expresó algunas críticas. Sin embargo, a la hora de la verdad, se sumó, formal o informalmente, a los candidatos a presidente del partido del régimen: Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán Valdés.

Entrevistado por Luciano Concheiro y Ana Sofía Rodríguez, Semo dice: “el Partido Comunista Mexicano después de Cárdenas perdió la brújula: llamaba burgueses a los gobiernos de México y, al mismo tiempo, guardaba la eterna esperanza de que el próximo presidente fuera un nuevo Cárdenas. Era una época de mucha confusión”.

Esta concepción no duró para siempre. Según el autor de *La búsqueda*, como resultado de las luchas de 1958-1961, la organización pasó de una política de apoyar en lo positivo y oponerse en lo negativo al gobierno, a una decisión de que los gobiernos del México del PRI eran gobiernos de la gran burguesía. Se reconoció que las ilusiones de las potencialidades transformadoras de la burguesía habían llevado a una política claudicante de conciliación.

La labor del internacionalista para desterrar de las filas del partido la fantasía de una continuidad ininterrumpida de la Revolución de 1910 fue nodal. Aunque parte de la idea de que ésta fue la revolución social más profunda que haya conocido América Latina antes de la cubana, sin ambigüedad alguna señala en *Revolución y mitología*, publicado en 1976 en el periódico *El Día*: “considerar que la revolución continúa después de 1940, durante la época de la eclosión y consolidación de la gran burguesía monopolística mexicana; bajo gobiernos como los de Miguel Alemán; en días como los del 2 de octubre de 1968, es abandonar el campo de la razón y remontarse al de la mitología.”

Uno de los temas medulares de la producción teórica de Semo a lo largo de toda una vida intelectual profunda, ha sido el de explicar las tres revoluciones mexicanas (Independencia,

Reforma y Revolución de 1910-1940) como un proceso único. De allí concluye que muchos de los cambios importantes en el país, se han realizado por la vía revolucionaria.

También lo ha sido el analizar el socialismo realmente existente. A lo largo de muchas décadas, Semo tuvo el pulso de lo sucedía en ese campo. Su producción intelectual está llena de reflexiones sobre esa experiencia.

Caracterizar México

En 1967, después de los atentados gubernamentales contra José Luis Ceceña, Eduardo del Río “Rius” y él mismo, Semo se vio obligado a salir del país. El partido lo envió a la República Democrática Alemana (RDA), a aprender alemán (para estudiar *El Capital* y las obras de Marx en su idioma original), escribir sobre el desarrollo del capitalismo en México y representarlo con los estudiantes mexicanos que se encontraban en los países socialistas.

Estudió el idioma en el *Herder-Instiute* en Leipzig e, impulsado por su amigo, el gran historiador Friederich Katz, hizo su doctorado en Filosofía, con especialidad en Historia, en la Universidad Humboldt, en Berlín. Un país y una universidad que ya no existen. Su tesis se convirtió en libro clave en la historiografía nacional: *Historia del capitalismo en México. Los orígenes: 1521-1763*. Una obra cuya importancia va mucho más allá del mundo académico.

La temática que aborda es un asunto nodal para una fuerza de izquierda que aspira a hacer una revolución socialista. Como se sabe, el pasado es un campo de lucha y las clases explotadas tienen la necesidad de conocer el mundo para cambiarlo. El análisis del

desarrollo del capitalismo en México se vuelve entonces, punto de partida para caracterizar el país, elaborar un programa de lucha y definir la naturaleza de la próxima Revolución.

En palabras de Antonio Gramsci, el asunto crucial de todos los problemas del marxismo en la teoría, consiste en la comprensión de cómo nace y se desarrolla el movimiento histórico sobre la base de la estructura económica.

Vladimir Ilich Lenin publicó en 1899 *El desarrollo del capitalismo en Rusia: el proceso de un mercado interior para la gran industria*. En su momento, el trabajo teórico más notable dentro del materialismo histórico, después de *El Capital* de Carlos Marx, en el que se utilizan los conceptos elaborados por el autor de *La ideología alemana* para analizar la economía rusa en el Siglo XIX.

La obra tiene como trasfondo la disputa de Lenin con los populistas sobre la orientación que debe seguir el movimiento revolucionario y las tareas de la clase obrera y su organización política. Contra ellos, el futuro dirigente bolchevique demuestra que el capitalismo es dominante en ese momento en Rusia. Lo que significa que los trabajadores son capaces de empujar la revolución democrático-burguesa a la revolución proletaria, de manera ininterrumpida. De allí se desprende el eje de acción leninista.

Como el mismo Lenin lo establece en el prefacio a la segunda edición de su texto, publicado dos años después de la revolución de 1905: “El análisis económico-social y, por consiguiente, de la estructura de clases en Rusia, que hacemos en la presente obra, análisis basados en una investigación económica y en un examen crítico de los materiales estadísticos, se ve confirmada hoy por la intervención política abierta de de todas las clases en el curso de la revolución”.

La asociación es inevitable. En *Historia del capitalismo en México,* Semo concibe la historia de su país como “una sucesión de formaciones socio-económicas, cada una de las cuales surge en el seno de la anterior.” Su análisis ofrece una definición y una caracterización de la formación social que da lugar a la Colonia. Concluye que “lo fundamental de la sociedad colonial consiste en que el modo de producción capitalista, en la medida en que despunta en tal o cual sector, se encuentra en estado potencial, embrionario y supeditado a las relaciones precapitalistas dominantes”.

Al igual que Lenin en su tiempo, el estudio de Semo debatió con otras corrientes de pensamiento latinoamericano. De un lado, el desarrollismo elaborado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Del otro, la teoría de la dependencia, que acompañó el florecimiento de los movimientos de liberación nacional en el continente. Su publicación en 1973 fue acompañada de una amplia discusión, en mesas redondas, reseñas y otros libros. Se convirtió, a pesar de la complejidad del tema que aborda, en *bestseller*, en parte, gracias a la agilidad y pulcritud de su prosa, y la originalidad de su exposición. Se volvió texto de formación para maestros de primaria y secundaria, que lo hicieron suyo. Sus ideas se convirtieron en fuerza.

El libro era la primera parte de un estudio que debía continuar. Un incendio en la casa del campo del autor en Huitzilac, Morelos, devoró los archivos y los materiales bibliográficos para darle continuidad. A pesar de ello, encontró la forma de darle continuidad. Primero, a través de una especie de puente, aparecido en 1978: *Historia mexicana. Economía y lucha de clases*. Luego, en los cuatro tomos de la obra compilada, *México un pueblo en la historia*, publicada a partir de 1981. Para aterrizar, en 2012, con la monumental obra, titulada *México: del Antiguo Régimen a la modernidad. Reforma y revolución*. Se trata de una colección de ensayos que van del último tercio del siglo XVII a la primera mitad del siglo XX” (1780 a

1940) y, abarcan, según su autor, “de la transición del Antiguo Régimen colonial a la Modernidad subdesarrollada”, y responden, entre otras cuestiones, a cómo surge el capitalismo en México y por qué por qué se hizo un país subdesarrollado.

Un espejo

El marxismo dista mucho de ser un cuerpo extraño en la vida política y académica del país. De manera desigual, con avances y retrocesos, desde hace más de siglo y medio comenzó a instalarse en el imaginario mexicano a través de múltiples y diversos actores y circunstancias. Desde entonces ha permanecido allí.

A lo largo de todo este tiempo, lo han hecho suyo sucesivas oleadas de inmigrantes y exiliados políticos en territorio nacional, dirigentes obreros, políticos, líderes campesinos, artistas e intelectuales, organizadores inquilinarios, mujeres, periodistas, estudiantes, funcionarios públicos, profesores universitarios, religiosos y sicoanalístas. Varias generaciones de maestros de la escuela pública han tenido un papel central en la conservación y enriquecimiento de esta herencia.

La difusión y permanencia del socialismo científico en el imaginario político mexicano ha sido discontinuo. Ha estado asociada a eventos internacionales como la Comuna de París, la Revolución rusa, la Segunda Guerra Mundial y el triunfo de las Democracias Populares, la Revolución cubana, el movimiento de 1968, el Concilio Vaticano II, el Socialismo del Siglo XXI y la crisis financiera de 2008.

También a acontecimientos nacionales como la politización de dirigentes anarcosindicalistas, la concientización de pintores y artistas a comienzos del siglo XX, la radicalización del movimiento campesino, el cardenismo y la educación socialista, la insurgencia ferrocarrilera y magisterial de 1956-60, el movimiento médico de 1966, la matanza del Tlaltelolco, las guerrillas, los Colegios de Ciencias y Humanidades y la democratización de las universidades, el fraude electoral de 1988 y el levantamiento zapatista de 1994.

Los factores mundiales y los locales no han caminado cada uno por sus lado. Se han imbricado y alimentado mutuamente. En los momentos de grandes transformaciones políticas progresistas y de ascenso de la lucha social el prestigio del comunismo.

En ese largo peregrinar, sobresalen unos cuantos intelectuales y luchadores sociales que, inclaudicables e incorruptibles, se mantienen firmes en sus convicciones. Menos aún son los que destacan por sus aportes teóricos, por su pluralismo y por su capacidad de dialogar. El historiador es, con mucho, uno de ellos. Ha caminado por los lodazales de la política práctica, sin hundirse en ellos. Ha sido un académico riguroso y prolífico, siempre abierto a las enseñanzas de la vida misma. Sus análisis de largo aliento y de coyuntura, nos han enseñado a ver el país y el mundo de otra forma.

Con una profunda empatía, el doctor Enrique Semo escribió un entrañable retrato del escritor checo Arthur London, que dedicó toda su vida a la lucha por el socialismo, sufrió cárcel, persecución y tortura, y es autor de un libro formidable sobre las Brigadas Internacionales que combatieron a favor de la República en la Guerra civil española: *Se levantaron antes del alba.* La obra es, resume el comunista mexicano en *El juicio de la historia,* “la evocación de la razón de una generación de revolucionarios a punto de desaparecer y un alegato a su favor”.

En su faceta de periodista, el multialaureado intelectual lo entrevistó en su exilio parisino, después de ser encarcelado en su patria por un gobierno que se reclamaba socialista. La conversación se publicó en 1978 en la revista *Proceso*. Allí le preguntó si, después de todo lo vivido, no le importaba hablar de su vida. London le respondió: “No me molesta hablar de ella porque ha sido una vida dedicada a una lucha justa y al trabajo. Cuando hago el balance del pasado me siento satisfecho. No puedo olvidar a los camaradas y amigos que han muerto y el ejemplo del valor que han dejado. Nuestra lucha no ha sido en vano”.

Esas mismas palabras podrían ser dichas hoy por el Doctor Semo.